





ANTONIO GIL nació en la viña El Rincón, a orillas de Santiago, en 1954. Estudió en el Instituto de Humanidades Luis Campino y en la Universidad de Chile. Ha publicado los libros de poesía *Los lugares habidos* (1982), *Cancha rayada* (1985) y *Mocha Dick* (2006). Escribe semanalmente en algunos medios de prensa chilenos.

Su obra novelística comenzó con *Hijo de mí* (1994), *Cosa mentale* (1996) y *Mezquina memoria* (1999), reunidos en el volumen *Tres pasos en la oscuridad* (2009) de la Reserva de narrativa chilena de Sangría Editora, y luego siguió con *Circo de pulgas* (2003), *Las playas del otro mundo* (2004), *Cielo de serpientes* (2008), *Carne y Jacintos* (Sangría, 2010), además de *Retrato del diablo* (Sangría, 2012, Premio Altazor a la Mejor Obra Literaria en Narrativa 2013).



APACHE

NARRATIVAS CONTEMPORÁNEAS, I I

ANTONIO GIL

APACHE



SANGRÍA

© Antonio Gil Íñiguez
N° 236.161
del Registro de Propiedad Intelectual de Chile
International Standard Book Number: 978-956-8681-37-1

© Derechos reservados para esta edición:
2014, SANGRÍA EDITORA
Las Torcasas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile
www.sangriaeditora.com
sangriaeditora@gmail.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, SANGRÍA EDITORA no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que –con su debida coherencia y fundamentos– la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Carlos Labbé, Mónica Ríos y Martín Centeno.
Diagramó el libro Carlos Labbé.
El diseño de colección y de la portada fue realizado por Joaquín Cociña.

Impreso en Chile.

Permitimos la reproducción parcial de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico. Si necesitas una reproducción íntegra por favor comunícate con los editores.

A Fernando Lara Quintino.



I

La noche del nueve de junio de 1925 esa fantasmada sin trazas de valle ni edén a la que sin embargo nos hemos empeñado en llamar Valparaíso, con sus cerros Esperanza, Placeres, Barón, Lecheros, Larraín, Rodellillo, Rodríguez, Polanco, Molino, Ramaditas, Rocuant, San Roque, O'Higgins, Santa Elena, Merced, Pajonal, Litre, Virgen, Las Cañas, La Cruz, Monjas, Mariposas, San Juan de Dios, Florida, Jiménez, Bellavista, Yungay, La Loma, Cárcel, Panteón, San Francisco, Alegre, Concepción, Cordillera, Delicias, Toro, Santo Domingo, Carretas, Arrayán, Perdices, Artillería y Playa Ancha, bien pudo comenzar a aparecer lentamente ante los ojos de los viajeros y tripulantes como una gran marejada o un congelado maremoto titilante de noctilucas, ese protozoo marino que produce fosforescencias mortuorias. O como un largo listín de empresas británicas y norteamericanas, la Phoenix Fire, la Yorkshire Fire y la Norwich Union Life Insurance, la Asiatic Petroleum

Co Ltd, la Mirrlees, la Bickerton & Day, la Curtis's & Harvey Ltd, la Columbia Refining Co, la Wm Bennet & Son, la D Anderson & Son, la Storry Smithson & Co Ltd, la H Wilson Young & Co, la J Dewar & Son, la Buffalo Pitts Manufacturing Co, la Champion Harvester Co y, naturalmente, las omnipresentes Duncan Fox y Williamson Balfour, entre otras muchas que alzaban en el amanecer sus casas matrices, silos y galpones hacia un cielo arenoso.

Con un largo lamento que bien podía ser el llanto salido de una boca abocinada con las manos, rompió el silencio nocturno la sirena del Oriana, buscando su sitio de fondeo.

Buenaventura Durruti cruzó la caseta de inmigración con un cigarrillo entre los labios, bajo el nombre de Ramón Carcaño Caballero, mientras que Francisco Ascaso lo hizo como Teodoro Pichardo Ramos, y Manuel Labrada Pontón era en realidad Alejandro Ascaso, de Almudévar, Huesca, nacido el 17 de octubre de 1889, y Manuel Serrano García era Gregorio Jover Cortés, nacido en Valencia en 1892. Ninguno podía saber todavía que cuatro días antes, en el Norte Grande, más específicamente en la oficina salitrera La Coruña, se había iniciado una de las más despiadadas matanzas obreras de las muchas y muchas que todavía coagulan en el fondo de la Historia de Chile.

Luego de trasegar en mesas distintas cada uno de los viajeros un cargado y apurado café en el Riquet de la plaza Aníbal Pinto, se montaron en el primer tren de la mañana con destino a Santiago.

Ya nunca volverían a ver la Perla del Pacífico con sus bodegas de acopio, sus almacenes generales, sus Siete Espejos que en realidad eran tres, sus cuarentidós cerros ni sus suplicantes iglesias anglicanas y luteranas arrodilladas en angulosas cuevas flanqueadas por casas en chapa colgada, rogando a algún dios sordo y galáctico.

Once años más tarde se produciría en una ciudad distinta otro desembarco de Durruti, esta vez algo más definitivo:

El cadáver llegó a Barcelona tarde por la noche. En la Casa de los Anarquistas, que antes de la revolución había sido la sede de la Cámara de Industria y Comercio, los preparativos ya habían comenzado el día anterior. La ornamentación era simple, sin pompa ni detalles artísticos. De las paredes colgaban paños rojos y negros, un baldaquín del mismo color, algunos candelabros, flores y coronas: eso era todo.

Durruti era un amigo. Tenía muchos amigos. Se había convertido en el ídolo de todo un pueblo. Era muy querido, y de corazón. Todos los allí presentes en esa hora lamentaban su pérdida y le ofrendaban su afecto. Y sin embargo, aparte de su compañera, una francesa, sólo vi llorar a una persona: una vieja criada que había trabajado en esa casa cuando todavía iban y venían por allí los industriales, y que probablemente nunca lo había conocido personalmente. Los demás sentían su muerte como una pérdida atroz e irreparable, pero expresaban sus sentimientos con sencillez. Callarse, quitarse la gorra y apagar los cigarrillos era para ellos tan extraordinario como santiguarse o echar agua bendita. Miles de personas desfilaron ante el ataúd de Durruti durante la noche. Esperaron bajo la lluvia, en largas filas. Su amigo y su líder había muerto.

El entierro se llevó a cabo al día siguiente por la mañana. Desde el principio fue evidente que la bala que había matado a Durruti había alcanzado también el corazón de Barcelona. Se calcula que uno de cada cuatro habitantes de la ciudad había acompañado su féretro, sin contar las masas que flanqueaban las calles, miraban por las ventanas y ocupaban los tejados e incluso los árboles de las Ramblas. Todos los partidos y organizaciones sindicales sin distinción habían convocado a sus miembros. Al lado de las banderas de los

anarquistas flameaban sobre la multitud los colores de todos los grupos antifascistas de España. Era un espectáculo grandioso, imponente y extravagante; nadie había guiado, organizado ni ordenado a esas masas. Nada salía de acuerdo a lo planeado. Reinaba un caos inaudito. El comienzo del funeral había sido fijado para las diez. Ya una hora antes era imposible acercarse a la casa del Comité Regional Anarquista.

Los obreros de todas las fábricas de Barcelona se habían congregado, se entreveraban y se impedían mutuamente el paso. A las diez y media el ataúd de Durruti, cubierto con una bandera rojinegra, salió de la casa de los anarquistas llevado en hombros por los milicianos de su columna. Las masas dieron el último saludo con el puño en alto. Entonaron el himno anarquista «Hijos del pueblo». Se despertó una gran emoción. Las motocicletas rugían, los coches tocaban la bocina, los oficiales de las milicias hacían señales con sus silbatos, y los portadores del féretro no podían avanzar. Los puños seguían en alto. Por último cesó la música, descendieron los puños y se volvió a escuchar el estruendo de la muchedumbre en cuyo seno, sobre los hombros de sus compañeros, reposaba Durruti. Pasó por lo menos media hora antes de que se despejara la calle para que la comitiva pudiera iniciar su marcha. Transcurrieron varias horas hasta que llegó a

la plaza Cataluña, situada sólo a unos centenares de metros de allí. Los jinetes del escuadrón se abrieron paso, cada uno por su lado. Los coches cargados de coronas dieron un rodeo por las calles laterales para incorporarse por cualquier parte al cortejo fúnebre. Todos gritaban a más no poder. No, no eran las exequias de un rey; era un sepelio organizado por el pueblo. Nadie daba órdenes, todo ocurría espontáneamente. Reinaba lo imprevisible. Era simplemente un funeral anarquista, y allí residía su majestad. Tenía aspectos extravagantes, pero nunca perdía su grandeza extraña y lúgubre. Los discursos fúnebres se pronunciaron al pie de la columna de Colón, no muy lejos del sitio donde una vez había luchado y caído a su lado el mejor amigo de Durruti. García Oliver, el único sobreviviente de los tres compañeros, habló como amigo, como anarquista y como Ministro de Justicia de la República Española.

Se había dispuesto que la comitiva fúnebre se disolviera después de los discursos. Sólo algunos amigos de Durruti debían acompañar el coche fúnebre al cementerio. Pero este programa no pudo cumplirse. Las masas no se movieron de su sitio; ya habían ocupado el cementerio, y el camino hacia la tumba estaba bloqueado. Era difícil avanzar pues, para colmo, miles de coronas habían vuelto intransitables las alamedas

del cementerio. Caía la noche. Comenzó a llover otra vez. Pronto la lluvia se hizo torrencial y el cementerio se convirtió en un pantano donde se ahogaban las coronas. A último momento se decidió postergar el sepelio. Los portadores del féretro regresaron de la tumba y condujeron su carga a la capilla ardiente. Durruti fue enterrado al día siguiente.

Esto nos lo describe la voz de Hans Erich Kaminski, testigo presencial en el relato con que Hans Magnus Enzensberger abre su embriagante *Corto verano de la anarquía*, pese a las advertencias de Ilya Ehrenburg, quien respecto a Durruti afirmó lo siguiente:

Ningún escritor se hubiera propuesto escribir la historia de su vida: se parecía demasiado a una novela de aventuras. Este obrero metalúrgico había luchado por la revolución desde muy joven. Había participado en luchas de barricada, asaltado bancos, arrojado bombas y secuestrado jueces. Había sido condenado a muerte tres veces: en España, en Chile y en la Argentina. Había pasado por innumerables cárceles y había sido expulsado de ocho países.

Sería muy fácil perderse, por ejemplo, en el laberinto de las circunstancias de su muerte, acaecida el 20 de

noviembre de 1936. ¿Fue asesinado por orden de la URSS y de los comunistas españoles? ¿Lo bajó un francotirador de la zona rebelde? ¿Le ocurrió un accidente fatal con un subfusil Schmeisser MP28 II, pese a que siempre cargaba sólo con una Colt 45? ¿Recibió la reacción de uno de los dos desertores sorprendidos? ¿Lo asesinó alguno de sus propios compañeros, acaso el sargento José Manzana? Agua pasada no mueve molinos.

Enzensberger, sabiamente, creó a partir de un vitró quebrado de citas ajenas su caleidoscopio, y lo apuntó hacia lo que llamó *El corto verano de la anarquía*. Otros han hecho lo que han podido, con mayor o menor fortuna. En lo personal hemos concluido que más vale hacer caso a la advertencia del autor de *El deshielo* y centrar el relato sólo en una esquirla de esta vida insondable; un fragmento que inevitablemente nos hará pasar, a ratos cortos y a la carrera –en punta y codo, como sea–, por el gran estallido de esa máquina infernal, esa auténtica bomba de relojería que fue la vida del leonés Buenaventura Durruti Dumange.

Saliendo de Valparaíso en la estación Puerto, como flotando en una niebla sulfúrica, Los Errantes cruzaron ensimismados por las estaciones Barón, Viña del Mar, El Salto, Quilpué, Villa Alemana, Peñablanca –mientras

el acero de las Colt se les entibiaban bajo las axilas hasta alcanzar la temperatura de un animal vivo, cachorro de fiera que se hubiese dormido pegado a sus cuerpos—, Limache, San Pedro, Quillota, La Cruz, La Calera, Pachacama, Ocoa, Los Andes, Llay Llay, Enrique Meiggs, La Cumbre, Montenegro, Rungue, Til Til, Polpaico, Batuco, Colina, Quilicura, Renca, que pasaron por las ventanillas como evanescentes escenas de un zoótopo, hasta llegar al cabo de un siglo serpenteante a su destino final en la estación Mapocho de Santiago, que parecía proyectar sobre todo el barrio circundante algo del espíritu del puerto que habían dejado atrás, con sus cantinas y sus olores y sus callejas desiertas, una sensación que pervive hasta ahora en la atmósfera que rodea ese barrio, esencialmente en su languidez y su melancolía, mucho más el alma de Valparaíso que la de este Santiago del Nuevo Extremo. Eso ya lo habrán notado quienes conocen esos andurriales.

Un misterioso soplo del hado quiso ese día hacer pasar a esos hombres como en sueños sobre los valles hundidos en la neblina, y cruzar pueblos fugaces que parecían levitar, apenas existiendo tras los cristales; villorrios y aldeas techadas de greda con sus muros encalados, y sus viejos árboles, y esas estaciones escarchadas del amanecer otoñal. El viaje será siempre una buena metáfora del destino, pensamos al imaginar a ese grupo

silencioso y alerta que mira pasar por la ventanilla los campos chilenos como algo ilusorio y distante. La vida, ese viaje inútil hacia un final siempre enigmático y sin vuelta. Durruti se miró detenidamente las manos antes de descender y, entrecerrando los ojos, las escondió en los hondos bolsillos de su gabardina. Levantó el mentón y descendió por la escalerilla para perderse entre la muchedumbre de viajeros, a muchos de los cuales los esperaban amigos y parientes, como era la costumbre en esos días esfumados.

Como todavía es posible que en alguna de las inextricables dimensiones del tiempo los sabuesos y mastines del gran capital sigan tras la huella de Los Errantes, conocidos también como Nosotros, Los Justicieros, Los Hijos de la Noche o Los Metalúrgicos, nos guardaremos muy bien aquí de entregar información acerca del lugar exacto en que se hospedaron. Señalaremos sólo que se trató de una modesta pensión perdida en ese ancho cuadrante que se abre al sur de la vieja avenida Matta, con su olor a braseros, a ropa hervida con azul y a cebollas en escabeche. Hasta allí fueron llevados por Félix López y Pedro Nolasco Arratia, dirigentes ambos de la anarquista IWW (Industrial Workers of the World), a cuya sede situada en Alameda y San Antonio —pleno centro de Santiago— después llegaron nuestros viajeros a golpear discretamente la puerta, ya de anochecida.

2

Se hizo servir por sus criadas sor Encarna y sor Dolores medio lechón asado a la segoviana y algo de bacalao al pilpil, para concluir la merienda con un gran plato de natillas glaseadas.

Tras beber tan pausadamente como Dios manda una copa de Conde de Garvei, el cardenal de Zaragoza, reverendísimo señor don Juan Soldevila y Romero bajó con parsimonia, peldaño a peldaño, hasta la primera planta del Palacio Arzobispal y recibió en su despacho privado a ocho personajes misteriosos, los mismos que por turnos besaron la amatista que el dueño de casa llevaba engarzada en su sortija. La sala era un amplio espacio neoclásico primorosamente abigarrado de policromías y óleos renacentistas con motivos sacros discretamente sádicos. Los visitantes eran los mismos que, cada sábado, desde hacía ya un buen tiempo, se presentaban en el palacete de este príncipe de la Iglesia con puntualidad idéntica a la que el propio cardenal en persona había impuesto entre los campaneros de la basílica de la Virgen del Pilar,

las mismas que repicaron no bien entró en su gabinete acompañado de la inquietante cuadrilla.

Las cataduras y las indumentarias de los visitantes no dejaban mucho a la imaginación. Todo el mundo sabía por esos días quiénes eran, de modo que para no perder el tiempo en acertijos, ya que los relojes de oro palpitaban con taquicardia en el bolsillo de todos los allí presentes, digamos sin más preámbulos que se trataba de una banda de bien conocidos sicarios o «pistoleros blancos» antisindicales llegados de Barcelona, a los que el purpurado había dado asilo y contratado hacía ocho meses, o algo así, para dar caza y matar tal fueran alimañas, y donde fuera que se hallasen, a los elementos disolventes que comenzaban a apestar a la sociedad española como termitas. Entregó el clérigo a cada uno su grueso fajo de pesetas ligadas con un elástico, les bendijo, soltó un pedo, encendió un habano y, acompañado de un joven sacerdote como casi todas las tardes, salió a la puerta, montó en el automóvil y tomó la ruta a su finca de recreo El Terminillo, donde había fundado unas escuelas-asilo para niños desamparados, actividad que por motivos que desconocemos es especialmente gusto de esa caridad refinadísima, tan profusamente cultivada por los miembros de la prelatura romana. Como dato anecdótico consignaremos aquí que el fundador del Opus Dei, san José María Escrivá de Balaguer, según todas las notas

biográficas referidas a los años que pasó como seminarista en Zaragoza coinciden, al señalar del que fue superior del Seminario y uno de sus biógrafos oficiales, Carlos Escartín, fue nombrado «para este cargo nada menos el arzobispo de Zaragoza, Cardenal Soldevila.»

Cuando el Ford, haciendo roncar como un tigrillo sus 9.425 centímetros cúbicos y tragando con glotonería la breya del asfaltado, llegaba ya casi a la puerta de su destino final en Terminillo, en el momento que bramó tres veces el claxon para que viniesen a abrir la verja de hierro, unos quince o veinte tiros dieron muerte instantánea el Cardenal, dejando malheridos a su acompañante y a Santiago Castanera, el chofer de aquel automóvil negro, matrícula Z-135, cuyo interior contaba con tiradores de marfil, cortinillas automáticas, marcos de caoba, asientos de fino tapizado amortiguado, perfumeros y floreros, bolsas portaobjetos y un sinfín de detalles mullidos y suntuosidades que no viene al caso detallar, porque el tictac de los relojes ferroviarios, de acero, hundidos esta vez en los bolsillos de los mamelucos azules de los gatillantes habían entrado también en un traqueteo apurado y arrítmico.

Junto a la gruesa suela del zapato derecho de uno de los pistoleros llegó rodando lo que quedaba del habano a medio consumir; un puro torcido en la vieja casa situada en el número 520 de la calle Industria, justo detrás del Capitolio habanero, en pleno centro de la capital cubana.

No hacía falta ser Sherlock Holmes para saberlo, ya que en la vitola del cigarro se leía, con grandes letras doradas, la palabra Partagás.

En su libro *El cabo de las tormentas* Pío Baroja nos lo cuenta:

El cardenal-arzobispo de Zaragoza era un reaccionario de influencia. La ejercía no sólo en su sede sino en Barcelona, y recomendaba a las autoridades de allí medidas fuertes y duras contra los obreros y los agitadores. Los anarquistas sabían que el arzobispo conferenciaba en Reus con los jefes de la Patronal de Barcelona y daba consejos para atacar a la organización sindicalista obrera. La banda marchó a Zaragoza; se entendieron los directores con una vieja anarquista catalana que vivía allí hacía algún tiempo, la ciudadana Teresa, y entre todos prepararon una emboscada y mataron al arzobispo una tarde que iba a una posesión suya llamada El Terminillo.

El arma fue una pistola Alkar, calibre nueve milímetros, fabricada en Guernica.

3

Los Errantes, también llamados Los Solidarios, habían alcanzado otra vez su objetivo con éxito. Y se marcharon en silencio a beber un chato de Macabeo-Viura a casa de Joan García.

No mucho más tarde en Barcelona, en el número 80 del paseo de Gracia, haciendo esquina con la calle Mallorca, dirección donde funcionaba el cuartel general del falso barón de Koenig, jefe de los pistoleros de la patronal, las malas nuevas acerca del taladrado cardenal Soldevila cayó como una fría lluvia. Pero de oro. Pese a los gestos de estupor y pesadumbre y furor y qué sé yo qué más, en los ojos gélidos del austriaco titilaba la inconfundible lucecilla piloto de la codicia. Su negocio era el odio, el contragolpe, el miedo y la venganza. Este oscuro personaje había arribado a la ciudad condal durante la guerra de 1914 para formar un servicio de espionaje encargado de vigilar muy de cerca a la industria catalana. Bravo Portillo, a quien pondremos a su izquierda en esta escena, arrellanado en un sillón mientras bebe limonada, era inspector de la policía y figuraba sin recato alguno en la plantilla como uno de los subalternos del falso barón, a cargo de dirigir a un grupo de hampones cuya misión era sembrar el terror

y la extorsión entre los industriales que abastecían a los aliados. Se sabe a ciencia cierta, dado que existen pocos misterios y a la larga casi todo se sabe, que el ingeniero José Alberto Barret, presidente de la Sociedad de Industriales Mecánicos y Metalarios, gerente de una importante usina de obuses, fue asesinado por la banda de Koenig, quien según hemos averiguado en realidad se llamó Rudolf Stallman. Era un aventurero internacional nacido en Hannover que, antes de desembarcar en Barcelona, se había entregado profesionalmente al juego según diferentes nombres y apellidos en Caracas, Bruselas, Berlín y Buenos Aires.

Terminada aquella gran cadena de desmontaje, esa industria de la muerte a la manera de los mataderos de Chicago, y esparcido ya por los alisios el gas mostaza de la Primera Guerra Mundial, el piso signado con el número 80 del paseo de Gracia se mantuvo intacto, plantilla incluida, aunque su giro había cambiado. Ahora la misión del austríaco era crear sindicatos manejados por la patronal. El principal de ellos fue el Sindicats Lliures o Unió de Sindicats Lliures, organizaciones creadas por militantes carlistas en el Ateneo Obrero Legitimista de 1919. Los miembros de los llamados Sindicatos Libres fueron el brazo ejecutor de los atentados y, la función

de la oficina, una sola: eliminar a los dirigentes de la Central Nacional de Trabajadores hasta «um alle lös-chen», como habitualmente musitaba el barón: hasta limpiarlo todo; irónica expresión, si consideramos que sus tareas comienzan con el asesinato a mansalva del obrero tintorero Pablo Sabater, alias el Tero.

5

Los Errantes bebieron en silencio y con una moderación ascética, casi litúrgica.

El grupo de desarrapados, con varios días sin rasurar azulándoles las quijadas, los ojos enrojecidos y el pelo revuelto, daban pequeños sorbos como quien toma el primer aire del amanecer, quizá como cortos resuellos de una aurora que veían emergiendo allá al fondo, tras los nubarrones tenebrosos de la Historia.

Buenaventura Durruti, Francisco Ascaso, Juan García Oliver, Eusebio Brau, Aurelio Fernández, Miguel García Vivancos, Alfonso Miguel, Ricardo Sanz, Gregorio Suberviola, Rafael Torres Escartín, Juliana López y Antonio «El Toto». Tal era el exiguo ejército de ese sueño: duros todos como una bigornia.

—Nosotros renunciamos a todo menos a la victoria
—musitó melodramáticamente Durruti, secándose los labios con el dorso de la mano.

En su fuero interno y, tras la seguidilla de ajusticiamientos llevados a cabo por Los Errantes, entre los que se amontonaban esbirros, patronos, señoritos despóticos, ese cardenal de los huevos, aquellos traidores, el teniente coronel Regueral con sus chulerías y otros innumerables cabrones de toda laya, sin contar el asalto al Banco de Gijón, la intuición felina de Durruti le decía casi en voz alta que el dogal se estrechaba minuto a minuto. Y él sabía muy bien que una cosa era tener cojones y otra, harto distinta, ser un tonto de los cojones. De tal modo que estaba totalmente persuadido ya de que había sonado la hora de poner algo de mar entre Los Errantes y las huestes del Rudolf Stallman, falso barón de Köenig. Debían marchar a recaudar fondos para la causa allá, en la salvaje América.

Se conoce como La Cacería Salvaje a un mito del folclore europeo que se presentó de distintas formas en la zona norte, occidental y central del continente. La premisa fundamental en todos los casos era siempre la misma: un grupo fantasmal de exploradores ataviados con indumentaria de caza, acompañados de caballos y perros de rastreo, en una desenfadada persecución a través de los cielos, a lo largo de la tierra o por encima de ella. Frecuentemente era una forma de explicar las tormentas.

6

¿Quién buscaría a una panda de fusileros anarquistas en las cabinas de primera clase de El Aquitania, el galgo del Atlántico? Pese a que su decoración era algo más sobria que la de sus hermanos de la compañía Cunard, el Mauritania y al Berengaria, sus nada despreciables 45.647 toneladas brutas, su eslora de 274,6 y su manga de 29,6, sumadas al oneroso coste del pasaje, convertían esos alojamientos de lujo en la guarida perfecta para que Los Errantes iniciaran su partida con rumbo a las playas del Nuevo Mundo; lejos del barón de Köenig y dejando a sus espaldas todo el hedor a sangre, a mierda, a ropa azumagada y a pólvora negra que los había envuelto como el manto sacro en la lucha por la emancipación de los explotados, los hambrientos, los ignorantes, los oprimidos y los humillados del mundo, incierta guerra a la que consagrarían sus vidas por completo. Días de paz que habían olvidado, o que nunca tuvieron, acunaron ese viaje sobre un azul rizado de blanco y coronado de petreles, más ávidos de curiosi-

dad que de sobras, como algunos, quizá pensando en sí mismos, imaginan.

—Nosotros renunciamos a todo menos a la victoria —dijo a Paco Ascaso en voz muy baja y ronca Buena-ventura Durruti cuando casualmente se cruzaron en cubierta una tarde cualquiera, a la altura de las Azores.

Simulaban no conocerse mientras improvisaban sus papeles de serios indianos de último minuto, ensimismados en sus lecturas técnicas. Vinateros en viaje de exploración. Hombres interesados en el negocio de la lana o en la venta de maquinaria para fabricar papel, tal vez para hilar el yute.

Tras un libro empastado cuya portada rezaba *Cordillera de los Andes* se ocultaba un escrito de Bakunin en el que Durruti se hundía con infinita atención leyendo la siguiente sentencia:

La religión ha trasladado a un cielo ficticio la humanidad, la justicia y la fraternidad, para dejar en la tierra el reino de la iniquidad y de la brutalidad. Ha bendecido a los bandidos felices. Y para hacerlos más felices aún ha predicado la resignación y la obediencia entre sus innumerables víctimas: los pueblos. Y, cuanto más sublime parecía el ideal que adoraba en el cielo, más horrible se volvía la realidad en la tierra.

Convengamos que las falsas portadas no son un invento muy ingenioso, pero por alguna razón han sido siempre un gran aliado para mucha gente. Sin ir más allá del portalón de proa podríamos ver a Francisco Ascaso, enfrascado en un folletín llamado *Cría y cuidado del perro pekinés*, leyendo este fragmento de Enrico Malatesta:

O ser oprimido, represor, o cooperar voluntariamente para el mayor bien de todos. No hay otra alternativa posible; y los anarquistas están naturalmente, y no pueden no estarlo, a favor de la cooperación deliberada y libre. Que no nos vengan con filosofías y hablarnos de egoísmo, altruismo u otros rompecabezas. Estamos de acuerdo: somos todos egoístas, todos buscamos nuestra satisfacción. Pero es anarquista aquel cuya máxima satisfacción es la de luchar para el bien de todos, para la realización de una sociedad en la que él pueda encontrarse, hermano entre hermanos, en medio de hombres sanos, inteligentes cultos y felices. El que, en cambio, puede adaptarse, contento, a vivir entre esclavos y a sacar provecho del trabajo de los esclavos, no es, no puede ser anarquista.

Sobre las diez con quince salía Regueral del Teatro Principal y, en el tramo entre la calle Cervantes con López Castrillón y Dámaso Merino, dos hombres le sorprendieron por la espalda.

—¡Regueral! —gritaron los desconocidos.

Al voltearse éste, cuando oyó que voceaban su nombre, le sujetaron por las solapas y le dispararon una calibre 45 por encima de la clavícula, destrozándole la aorta. El mal herido llegó a gritar:

—¡Serenos, que me matan!

En vano. El hermano mayor de Buenaventura, Santiago, y otros anarquistas locales fueron detenidos y puestos en libertad a las pocas horas. La autoría todavía es un enigma.

8

–Quants putos gañanes val un cardenal? A quants anem a portar a donar el paseíllo perquè els frares s’aplaquin?
–preguntaba el presidente de La Canadiense en el piso de Gracia 80, sede de la patronal.

Mientras, Bravo Portillo sacaba cuentas con un lápiz rojo que cada cierto rato se mojaba en la lengua. Respondió también en catalán:

–No pot ser qualsevol taujà senyor Ripoll. Han de ser figures conegudes i moltes. Al menys cent cinquanta.

–La Seva Santetat el Papa exigeix una reparació immediata d’aquest crim infame ocorregut a Saragossa per pistolers de Barcelona –replicó el de La Canadiense sacando del bolsillo de la chaqueta un talón de cheques del banco Canadiense.

Al fondo de la sala el falso barón de Köenig aceitaba un fusil Browning sin prestar mayor interés a la conversación de los contertulios. Bravo Portillo añadió:

–Tres milions de pessetes val tancar-li la boca al Papa, senyor Ripoll, ni un cèntim menys.

Se escuchó el vuelo de una mosca. El escurrir de una gota de aceite por el cerrojo del Browning automático M1918. El murmullo lejano del mercado de pescado de La Boquería, un serrucho yendo y viniendo sobre un tablón algo húmedo, quizá por Pueblo Nuevo o más lejos, vaya cualquiera a saberlo.

La rabiosa Mont Blanc del presidente de La Canadiense raspó el papel del pagaré. El sol se iba mundo abajo y los primeros faroles iluminaron las calle desiertas mientras en los ojos del austríaco se encendió otra vez la lucecita aquella, ahora con más intensidad que nunca.

Lejos, la condesa de Comillas repartía escapularios a los muchachos que no tenían las doscientas pesetas requeridas por la legislatura para librarse de la guerra contra el moro, de una muerte casi garantizada cruzando al Estrecho allá, a tiro de colilla en el desierto africano; eran muchachos del campo o de las barriadas pobres a quienes Alfonso XIII, eterno adolescente caprichoso y primera escopeta de la península, iba sacando como a soldaditos de plomo de su caja para poner en el candente tablero de ese inhóspito Sahara español.

Desde el reloj de la Puerta del Sol de Madrid hasta el mismísimo Big Ben, pasando por el Astronómico de Praga, los engranajes del tiempo sufrieron de pronto lo que un cardiólogo diagnosticaría como una ligera bradicardia, una casi imperceptible baja en el palpitar de sus inexorables marchas justo cuando Buenaventura Durruti, echado en el camarote de primera clase del Aquitania, se miró larga, detenida, minuciosamente las manos y las vio manchadas de sangre. Muchas sangres distintas. Y su boca se torció en un gesto indescifrable, algo a medio andar entre una sonrisa de triunfo y una mueca de asco, entre un torvo signo de resignación y un leve mohín de mecánico satisfecho que tras largos afanes hubiese logrado poner en marcha un motor averiado. Pero el tiempo, el tiempo universal y la frenética carrera que ha de correr el hombre en su contra a como dé lugar, no daba cabida alguna a elucubraciones ni carantoñas.

10

Eduardo de Windsor, príncipe de Gales, llegó a Chile cruzando la cordillera en un tren especial el 10 de septiembre de 1925 con una comitiva de unas treinta personas, entre ellas dos médicos, un camarógrafo, dos detectives que velaban por su seguridad física y un capellán anglicano. La visita se supone que duraría tres días, pero a causa de las nevazones en la cordillera el príncipe se vio forzado a permanecer en el país hasta el 19 de septiembre.

Los chilenos, que por esos mismos días asistían a la promulgación de la Constitución de 1925, la del régimen presidencial autoritario, presenciaron las esmeradas preparaciones de una comisión de destacadas personalidades especialmente designada para los festejos de este visitante. El maratónico programa oficial contemplaba reuniones con el presidente Arturo Alessandri Palma, carreras en el Club Hípico de Santiago, función de gala en el Teatro Municipal capitalino, cena y baile en el Club de la Unión, colocación de primeras piedras

en Santiago y Valparaíso, revista militar en el Parque Cousiño, banquetes varios, revista a la Escuela de Caballería de Quillota, visita a la Escuela Naval, almuerzo a bordo del acorazado Almirante Latorre, revista a la reserva británica de Valparaíso, partido de polo en el Sporting –donde el príncipe perdió 9 por 3–, recepción de la colonia británica en el Gran Hotel de Viña del Mar y baile en el Club de Viña, entre otras actividades privadas y oficiales. El príncipe se alojó en la residencia viñamarina de Gustavo Ross Santa María tras su visita a Santiago. Eso reseñó la prensa.

Raras coincidencias hacen que en ocasiones hombres diametralmente opuestos crucen sus destinos en un confín cualquiera del Mundo.

11

Durante al menos dos años, digan lo que digan, sir Thomas Hohler, embajador designado por la Gran Bretaña, gobernó Chile a su antojo.

Desasosegado e insomne, perdida toda flema a causa de un sentimiento de creciente inestabilidad política donde él adivinaba una seria amenaza para los intereses británicos, este «virrey» detalló en sus misivas a la Cancillería Británica la enorme similitud que él apreciaba entre lo que estaba presenciando en Chile y lo que había visto durante su destino en México a comienzos de 1911, cuando estalló la revolución.

Entre un gin tonic y otro informó también al Foreign Office que la Industrial Workers of the World, la IWW, tenía agitadores en el norte de Chile. Hohler recibió instrucciones secretas del Foreign Office para actuar en Chile, documentación que curiosamente nunca ha sido encontrada.

El investigador Alejandro Soto nos dice:

No sabemos la naturaleza de esas instrucciones, lo que constituye una seria limitación para la reconstrucción histórica de la participación que tuvo la diplomacia británica en el desarrollo de las huelgas salitreras de 1925 y 1926. Ignoramos la naturaleza de las instrucciones porque parte importante de la correspondencia intercambiada entre el Foreign Office y el ministro británico en Santiago en 1925 y 1926 ha desaparecido del Public Record Office de Londres, que es el archivo nacional de Gran Bretaña. Se sabe de su existencia porque hay un índice que registra caso por caso que los documentos mencionados fueron realmente despachados. Este registro nos cuenta del contenido, destino, fecha y número de toda la correspondencia intercambiada. Los funcionarios del Public Record Office llegaron a la conclusión de que éstos habían sido arrancados del lugar en que debían estar. Uno tiene que concluir que se trató de ocultar algo que no podría ser muy favorable para la diplomacia británica.

Entre ginebras Hohler habrá gobernado los destinos del pueblo chileno. La masacre de la oficina salitrera La Coruña debe llevar su sello y su firma, existan o no los papeles que así lo acrediten.

12

A ese mundo raro, a ese Chile vuelto una colonia informal pero oficiosa de la Gran Bretaña, llegaba Buena-ventura Durruti Dumange ahora desde Buenos Aires, a bordo del Oriana, despatarrado sobre un fino y absurdo edredón irlandés.

Seguía mirando sus manos rojas de una sangre que nada más él podía ver y que, seca ya, formaba una gruesa costra negra entre la línea de la vida y la línea del destino, escondiéndolas.

13

Cuando el Oriana entró en aguas chilenas por la boca oriental del Estrecho de Magallanes comenzó a caer una lluvia triste y muda, una lluvia que condensaba todo el dolor del planeta o, cuando menos, de esa parte inmensa del mundo que pueblan los desheredados y los mansos, en medio de los lobos y las parvadas de buitres que mondan los deshechos que las jaurías abandonan.

—Nosotros renunciamos a todo menos a la victoria —se dijo Durruti, mientras apagaba con rabia su cigarrillo en el parquet de caoba taraceada.

Y fue con ese gesto que su ánimo sombrío cambió de golpe y comenzó a silbar «A las barricadas», mientras repetía mentalmente la letra de ese himno que tantas veces cantara marchando por los campos:

Negras tormentas agitan los aires,
nubes oscuras nos impiden ver,
aunque nos espera el dolor y la muerte,
contra el enemigo nos llama el deber.

El bien máspreciado es la libertad,
Luchemos por ella con fe y con valor.

Alza la bandera revolucionaria,
que llevará al pueblo a la emancipación.

En pie pueblo obrero, a la batalla,
Hay que derrocar a la reacción.
A las barricadas, a las barricadas,
Por el triunfo de la confederación.

¡A las barricadas! ¡A las barricadas,
Por el triunfo de la confederación!

Fue hasta el baño y meó largamente sin parar de silbar.

Afuera una lluvia de hielo barría la cubierta y los petreles habían abandonado sin motivo aparente la persecución de El Oriana. Empapado, Paco Ascaso se mantenía oteando las lejanas tundras de la Tierra del Fuego, donde no hacía más de dos años había sido aplastada brutalmente la huelga de los trabajadores anarquistas de las estancias ovejeras bajo las fusilerías de las tropas de línea del ejército argentino. Esa tierra ignota donde fue confinado el camarada Simón Radowitzky, ese judío indómito como una fiera que a los dieciocho años, y

recién llegado de Ucrania, en pleno corazón de Buenos Aires le metió, y bien metida en el culo, una bomba al jefe de la policía de Capital Federal, el coronel Ramón Lorenzo Falcón, y lo tronó mandándolo a la grandísima puta que lo parió.

El agua que le corría a Ascaso por la cara escondía un llanto largamente guardado. Un lloro por su familia, por su pueblo de Almudévar, por los miserables de España y por los expoliados del mundo entero. Un llanto que nadie podía ver. Agradeció la complicidad del agua que azotaba el puente: un libertario no llora jamás. Ni de coña.

–Todas las religiones, con sus dioses, semi dioses, profetas, mesías y santos, son el producto de la fantasía y la credulidad de los hombres que no han alcanzado todavía el pleno desarrollo y la posesión completa de sus facultades intelectuales.

El Errante Durruti leía en voz alta la página de Bakunin en la soledad de su lujoso camarote, como si quisiera memorizarlo.

No nos queda duda alguna del mal rato que habrá pasado su camarada, la ciudadana Teresa, al leer ese mismo día en *El Heraldo* sobre la imponente manifestación de duelo que tuvo lugar en Zaragoza con motivo del entierro del cardenal Soldevila, en el mismísimo templo Del Pilar, cuyas obras había impulsado con ahínco, logrando incluso –cosa nada fácil– que fuera declarado monumento nacional. José Escrivá, perdón, san Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás, marqués de Peralta, fue uno de los miembros del clero zaragozano que planificó esas exequias, auténtico festín para la España

lúgubre, necrófila y supersticiosa de donde el Creador de la Obra bebió sus primeras leches.

Cuentan los diarios de la época que miles de personas asistieron a rendir homenaje al difunto. El cuerpo embalsamado estuvo expuesto tres días en la Plaza Del Pilar. Una anciana nos relataba no hace mucho, con una leve sonrisa en los labios:

–Me llevó mi madre de la mano y fuimos a comprobar que estaba muerto y bien muerto.

Y nos cuenta Diego X de otra rara coincidencia:

El veinte de noviembre de 1936 el compositor Manuel Font de Anta es detenido y asesinado en Madrid por brigadistas republicanos, en desquite por haberseles escapado otro preso que llevaban.

También ese día fallecía en el hotel Ritz de la capital el líder anarquista Buenaventura Durruti, a consecuencia de un disparo recibido en el pecho el día anterior, en circunstancias aún hoy sin aclarar.

El cuerpo de Font de Anta es rescatado de la fosa común por su hermano José y trasladado a Sevilla, su ciudad natal, donde será enterrado.

El de Durruti es embalsamado, llevado a Barcelona y –como sabemos– enterrado con todos los honores en el cementerio de Montjuic, tras un desfile multitudinario presidido por el gobierno de la Generalitat en pleno. Su féretro será procesionado a hombros, acompañado por carrozas y andas llenas

de flores con los distintivos y estandartes de todos los sindicatos y fuerzas políticas de Barcelona.

Durante el recorrido la banda de música interpretará una de las piezas favoritas de Durruti: *Amarguras*, compuesta por Manuel Font de Anta diecisiete años antes para la Virgen de la Amargura de Sevilla, considerada hoy como el himno oficioso de la Semana Santa sevillana y una de las piezas de música española más bellas de todos los tiempos.

16

Dos hermanos de Durruti, Manuel y Pedro, fueron milicianos falangistas. Se sabe que el primero se afilió a Falange en León y que murió por «haberse negado a prestar un servicio que probase su lealtad a la causa nacionalsindicalista». Pedro, antiguo militante de Falange, fue fusilado por los republicanos.

En su cimbreada carrera entre Buenos Aires y Valparaíso, el Oriana recaló de amanecida en Punta Arenas. De su vientre, desde sus invisible entrañas, comenzó a borbotear por las pasarelas rumbo a los muelles toda su inmensa tercera clase, hecha de croatas, húngaros, mujeres con maletas de cartón y niños pálidos: un oscuro rebaño de migrantes pobres que soñaban encontrar, en ese remoto confín batido por un viento que nadie quería, una mejor vida y quizá un futuro menos predecible y menos implacable.

En su cabina Paco Ascaso fumaba un Bisonte mientras leía en *La batalla por el pan*, editado en París, las palabras del príncipe Kropotkin:

¿Pero qué derecho tenía yo a estos goces de un orden elevado, cuando todo lo que me rodeaba no era más que miseria y lucha por un triste bocado de pan, cuando por poco que fuese lo que yo gastase para vivir en aquel mundo de agradables emociones

había por necesidad de quitarlo de la boca misma de quienes cultivaban el trigo y no tenían suficiente pan para sus hijos? De la boca de alguien ha de tomarse forzosamente, puesto que la agregada producción de la humanidad permanece aún tan limitada. Por eso contesté negativamente a la Sociedad Geográfica.

Mientras Paco Ascaso leía en la penumbra de su cabina, la oscura manada de abrigos negros salidos del lo más hondo de la tercera clase pisaba esa orilla de promisión que les habían prometido sus sueños y fantasías. Se olía en el aire ese aliento inconfundible, portuario de la brea caliente, el salitre del mar y el vago hálito a incertidumbre de los que bajaban lentamente y se quedaban mirando, perplejos, la punta de los zapatos bajo el chillido ensordecedor de las gaviotas.

La explosión demográfica, causada en la primera década del Siglo XX por la migración desde el campo a la ciudad, expandió Santiago cada vez más hacia el sur. En el medio de este nuevo arrabal hecho de conventillos se encontraba la avenida Matta, que muy pronto comenzó a recibir el nombre de «avenida de los monos». El intendente Benjamín Vicuña Mackenna marcó esa avenida como linde o cordón sanitario para separar y proteger de enfermedades a la llamada «ciudad ilustrada» de la «ciudad bárbara» constituida por la masa de campesinos recién llegados que se asentaba hacia el sur de avenida Matta. En ese raro mundo instalaron Los Errantes su cuartel general. En la zona de los apestados y los «monos», hombres y mujeres que vagaban con sus tisis, sus sífilis y sus tifus por un mundo lechoso, fuera de la realidad.

19

Con acento montañés Carlos Bravo Suárez, del Alto Aragón, nos entrega aun otro dato:

Ahora que se están recordando hechos y episodios referidos a la pasada Guerra Civil española me parece oportuno aludir aquí a uno paradójico, en extremo sorprendente y no demasiado conocido: entre las filas anarquistas de la columna Durruti desfiló mosén Jesús Arnal, sacerdote altoaragonés que además ejerció como secretario o escribiente del mítico líder libertario. No podemos dejar de recordar el famoso poema de Milton sobre Lucifer, Estrella de la Mañana: «¿Queréis inclinar la cerviz? ¿Preferís doblar una rodilla dócil? No, no lo preferiréis si es que os conozco, según creo o si es que os tenéis por oriundos hijos del cielo que nadie poseyó antes que nosotros. Aunque no todos seamos iguales, somos sin embargo libres, igualmente libres, porque las alcurnias y las categorías no son

contrarias a la libertad, sino que se armonizan con ella. ¿Quién puede introducir leyes y decretos entre nosotros cuando, aun sin leyes, no cometemos nunca un error? Con mucha menos razón puede ser aquél nuestro señor y pretender nuestra adoración en detrimento de esos títulos imperiales, que atestiguan que nuestro estado se ha hecho para gobernar, no para servir.»

En 1935 Jesús Arnal, que contaba entonces con treinta y un años de edad, fue nombrado cura ecónomo de la parroquia de Aguinalú, pequeño pueblo ribagorzano cuyas casas, hoy en parte derruidas y casi del todo despobladas, se desparraman en racimo desde un roquedo de la cara norte de la sierra de la Carrodilla hasta un pequeño barranco de aguas saladas que ya desde la Edad Media fue explotado en unas salinas de las que aún se conservan restos no lejanos del lugar. La disposición del pueblo responde a la perfección a su topónimo, formado a partir de la metátesis de Aguilaniedo, es decir «nido de águilas».

Mosén Jesús Arnal era un cura moderno: llegó al pueblo a lomos de una motocicleta que causó sensación entre los vecinos, y vestido con un mono de trabajo. Al cabo de poco tiempo se compró también un coche, uno de los primeros que se vieron por la zona. Además se hizo con un aparato de radio, a

través del cual le llegaban las preocupantes noticias del deterioro de la situación política en España. Fue así como se enteró del levantamiento militar del 18 de julio de 1936; enseguida se percató de la gravedad de la situación y del peligro que corría su vida. El día 22 de ese caluroso julio se trasladó en su Peugeot al vecino pueblo de Torres del Obispo para entrevistarse con dos párrocos de Graus, a los que no consiguió convencer de su preocupación, y quienes luego pagaron con sus vidas su exceso de confianza. Mosén Jesús se mantuvo muy alerta en su Aguinalú y, cuando el día 27 vio desde la iglesia parroquial situada en lo más alto del pueblo acercarse por la carretera un coche del que después salieron varios hombres armados, le faltó tiempo para, tras avisar a la señora María –su casera– del lugar donde se encontraría, dirigirse a toda prisa a la sierra. Como buen cazador que era, conocía esos rincones a la perfección. Allí se encontró con el cura de Olvena, que también había tenido que huir de su pueblo y buscar cobijo en la misma sierra. Tras bajar de nuevo a Agunalú para informarse de la gravedad del asunto, y de la casi segura vuelta al lugar de los milicianos, decidieron volver a esconderse en los montes que se extienden entre Aguinalú y Estadilla. Pasaron varios días refugiados en una cueva

hasta que la señora María les dijo que se sentía vigilada y que ya no podría llevarles más víveres. Entonces decidieron ir a Estada, donde el párroco de Olvena tenía un sobrino miembro del Comité, de quien esperaba recibir protección. No pudieron dársela a mosén Jesús, quien para evitar comprometerlos, ya en un callejón sin salida, decidió ir al vecino pueblo de Barbastro y enrolarse como miliciano, única manera de salvar su vida.

¿Sería el cura aquel un genuino servidor de Crucifer?
¿Un adorador de esa luz refulgente del Lucifer-Cristo que bajó, limpiando de mugre y de roñas y de sombras el alma de los hombres?

Nunca llegaremos a saberlo. Nos inclinamos a creer que sólo se trató de un hombre que, por no estar hecho de trémula y encendida substancia de mártir, simplemente optó por salvar el pescuezo como pudo, lo que nadie tiene derecho a criticarle a nadie. Sigue su tosco relato el montañés de Aragón:

Llegado aquel fraile a la ciudad del Vero, adoptó un lenguaje y, al cabo de unos días, una vestimenta más apropiados para sus intenciones. Pero varios avisos le hicieron ver el gran peligro que corría y decidió escapar de la ciudad. Andando

por la noche, escondiéndose durante el día, llegó primero a Selgua y a Monzón, y se dirigió después hacia Candasnos, lugar donde había nacido, donde residía su familia y esperaba encontrar protección. Entre el calor, la sed y el hambre, llegó hasta las puertas de Pomar de Cinca y, atravesando por la noche el barranco de la Clamor, desorientado a ratos y con el cuerpo lleno de rasguños, logró alcanzar los alrededores de Estiche, donde encontró en el campo a antiguos conocidos que le informaron de la situación relativamente tranquila de Candasnos, lugar en que Timoteo Callén, viejo amigo suyo, era el jefe del comité local. Siguió mosén Jesús hasta Ontiñena y finalmente alcanzó su pueblo natal. No olvidaría el cura sus lecturas bíblicas y recordaría bien aquello que viene en las últimas páginas del Viejo Libro: «cuando Jesús abrió el segundo sello, el caballo que apareció era *rojo*» [el énfasis es mío], y «al que lo montaba se le concedió quitar de la tierra la paz para que se degollaran unos a otros; se le dio una espada grande» (Apocalipsis 6: 3-4).

Escondido entre un carro de leña, entró en su pueblo y llegó hasta su casa. Consiguió hablar con su amigo Timoteo, militante de la FAI, hombre idealista y honesto, que se ofreció para ayudarlo. Pero las cosas se pusieron difíciles cuando corrió la

noticia de su presencia en el pueblo. Aprovechando una momentánea ausencia en la aldea de su protector, mosén Jesús es arrestado y encarcelado por algunos elementos más radicales, pero cuando Timoteo regresa se le libera. Nadie puede garantizar por completo su seguridad, sin embargo. Ante las amenazas que penden sobre su vida Timoteo Callén somete al cura a un juicio popular, del que sale bien parado. De ese hecho piden informes sobre él, también favorables, en la antigua parroquia de Aguilú. Con estos argumentos de su lado y ante la dificultad del problema, Timoteo Callén propone a mosén Jesús una solución atrevida pero definitiva: recomendarlo a Durruti, con quien le une una gran amistad y cuya columna de milicianos se halla por las inmediaciones del lugar, para que lo acepte en sus filas y le otorgue su protección. Dada su situación, acepta el cura ese ofrecimiento. En compañía de Timoteo se entrevistan con Durruti, quien admite al cura entre los suyos para que, a falta de ácreatas adecuados a los menesteres administrativos, se encargue de la estadística y el papeleo del personal de la columna.

Con toda seguridad conocería el buen cura Jesús Arnal la expresión hebrea Harmagedon o Armagedón, aunque es mentada solamente una vez en la

Biblia, más específicamente en Apocalipsis 16:16. Sabría entonces el mosén, por más moderno que fuese, que Armagedón quiere decir «situación de carácter terrible y catastrófico». No habrá dejado un minuto de pensar en aquel término entre el tronar de las bombas y el vuelo de los aviones de ambos bandos, esos ángeles carroñeros que cruzaban sobre La Piel de Toro, sus montañas y sus mesetas frías como besos de buscona. ¿Sintió Arnal que alquilaba su alma al diablo por salvar el pellejo bajo las banderas rojinegras de ese Armagedón desatado en España?

La relación entre Durruti y mosén Arnal fue siempre de gran respeto y lealtad mutua. Muy pronto se gana el cura la confianza del carismático anarquista, quien además de las burocráticas le encarga otras tareas de importancia, como por ejemplo acabar con la corrupción que se había apoderado de la ciudad de Lérida, en la retaguardia, y hacia donde parte Mosén Arnal en una misión especial que resuelve con discreción y eficacia. De cómo la resolvió se sabe poca cosa; lo que se sabe más vale olvidarlo: ¿vagones de tren llenos de putas y maricones y ametralladoras? Quién sabe. Siempre el cura habla con respeto y admiración de Durruti. Desmiente con argumentos sólidos, basados en su propia presencia

en los hechos, todas las noticias que le atribuyen fechorías y desmanes, aunque entre sus seguidores hubiera elementos incontrolados y fanáticos. Al menos en el tiempo en que estuvo con él, Durruti se mostró siempre como una persona íntegra y fiel a creencias que predicaba con su ejemplo. El cura lo ponía de manifiesto con algunos episodios de los que fue testigo, entre los que destaca uno sorprendente: un día Durruti entró en el despacho de Arnal con un paquete en las manos que contenía un regalo para su secretario; cuando éste desenvolvió el paquete su sorpresa fue mayúscula al ver que contenía una Biblia en latín.

Cuando Durruti con algunos de sus hombres fue enviado a reforzar la defensa de Madrid, mosén Jesús continuó en la columna en el frente de Aragón y siguió disfrutando de la protección de los nuevos mandos. Así pasó incluso tras la muerte del líder anarquista, el 20 de noviembre de 1936, en la capital de España. El cura sintió la pérdida del libertario leonés y siempre, incluso después de terminar la guerra, indagó sobre las causas de la misma. Después de oír muchos testimonios, algunos de testigos presenciales del suceso, llegó a la conclusión de que se debió a un accidente producido al dispararse el naranjero que portaba, cuando éste

golpeó el estribo del automóvil del cual estaba desmontando. Aunque según otras versiones tal vez el golpe se produjera ya sobre el firme de la acera de la calle. La muerte de Durruti dejó a mosén Jesús en una difícil situación, pero sus temores sobre la pérdida de protección de los nuevos mandatarios de la columna resultaron infundados y el cura de Aguinalú siguió entre las filas anarquistas hasta el final de la contienda.

Aunque la columna miliciana fue militarizada a comienzos del 37 y pasó a denominarse División 26, continuó siendo predominantemente anarquista. El cura Arnal mantuvo posiciones de confianza y de mucha ingerencia dentro de la misma, aunque rechazó cualquier tipo de rango militar que pudiera luego comprometerlo. Tras un periodo de estancamiento, las fuerzas republicanas fueron obligadas a retirarse hacia el Este de manera ya irreversible. Desde Bujaraloz las fuerzas anarquistas se retiraron hacia Fraga, lugar en el que sufrieron un severo bombardeo. Luego cruzaron el río Segre, situándose quienes quedaban en la localidad de Artesa. Poco después retrocedieron hasta la población de Suria, que fascinó a Jesús Arnal. Ahí el cura pasó una temporada inolvidable. Una de las mozas del pueblo, llamada Neus, se enamoró de él; sin descubrir su verdadera

identidad tuvo que apagar sus ilusiones para evitar falsas esperanzas y no traicionar su propia condición sacerdotal. La desbandada final en la derrota militar los llevó hasta Puigcerdá y de allí a la frontera francesa. Al pasar al país vecino hacia el campo de Bourg-Madame, el cura Arnal llevaba consigo el naranjero que había producido la muerte de Durruti; se lo confiscaron las autoridades francesas. Mientras la mayoría de sus compañeros empezaba un exilio sin retorno, mosén Jesús Arnal decidió de inmediato tramitar su regreso a España.

Mosén Jesús Arnal se reincorporó a sus labores eclesiásticas y, aunque su deseo era ser reintegrado a la parroquia de Aguinalú, fue nombrado cura ecónomo de Lascuarre —con las parroquias de Jaguares y Monte de Roda a su cargo—, cuya titularidad había quedado vacante. Allí tuvo algún problema por haber recibido la visita de varios maquis, hecho sobre el que debió informar en los años siguientes y que lo tuvo un tiempo bajo sospecha del obispo. Posteriormente ejerció dos años como cura de Torrebases y Sarroca en Lérida, y en 1947 fue enviado a Ballobar, donde fue párroco hasta su muerte acaecida en 1971.

Nos quedamos mirando al vacío sin lograr que las cosas encajen en su lugar. ¿Un cura era el secretario de aquel hombre para el cual, según dijo, «la única iglesia que ilumina es la que arde»? Es un acertijo que no logramos desanudar y del que sólo nos queda la imagen límpida de un hombre que respetó a cada uno de los suyos en lo que eran, sin dogmatismos ni condiciones.

Cuando nada existía y no había cielo ni estrellas, cuando no había universo y lo absoluto reposaba en la nada eterna, un rayo de luz quebró las tinieblas. Un fuego fulgurante nació y encendió los mundos. A ese fuego primigenio se lo llamó Lucifer, que significa «el que porta la luz» o «el que trae la luz». Lucifer fue la primera manifestación de Dios saliendo de su letargo. Es el primer ángel que tuvo como misión encender la chispa primera que dio luz al universo. Lucifer fue el primer ángel y querubín en ser creado, y era además el más poderoso. Sólo Dios lo superaba en inteligencia y poder. Irradiaba más luz que cualquier otro ángel, y su belleza era como ninguna antes vista en el cielo. Lucifer fue el primer ángel que despertó a la Creación y fue la más grande criatura de magnificente belleza en la aurora cósmica. Este ángel tenía una hermosura increíble

y no comparada a ninguna otra creación. Todos los Ángeles que fueron creados después de él no tenían la belleza ni la grandeza que poseía el primer ángel de la mañana. El fue el encargado de encender las primeras luces del universo, y en memoria a aquella primera luz se llamó Lucero a la primera estrella de la mañana.

Desafortunadamente Lucifer se convirtió en un ser ambicioso, a tal nivel que un día decidió que iba a demostrarle a todos cuán grande era su poder. Para probar esto iba a elevar su trono a la altura de Dios. Sin embargo otros ángeles no aprobaron las intenciones de Lucifer, ya que no querían que un ser inferior tratara de ser igual a Dios y Su poder. Aquella rebelión de los ángeles contra Dios fue un complot que no podemos imaginar. Cuando Lucifer trató de llevar a cabo su plan reuniendo un ejército de ángeles rebeldes a Dios, estalló la Primera Guerra en el Cielo, pues se abalanzaron todos los Ángeles a las órdenes de Miguel sobre los de Lucifer. Se libró una gran batalla, Miguel y sus ángeles luchaban contra Lucifer. Lucifer y sus ángeles combatieron, pero no vencieron, y no quedó ya lugar para ellos ahí. Y fue así como el Lucero de la Mañana fue arrojado del cielo, y sus ángeles con él, derrotados y expulsados por las huestes a las órdenes de Miguel. Esta guerra

duró miles de millones de años. Tuvieron lugar durante el segundo día de la Creación, para ser exactos, hasta que las dos terceras partes de los ángeles lograron vencer a los rebeldes que fueron arrojados hacia los abismos, fuera del universo. Al caer sus alas se tiñeron de negro, al cubrirse de sombras con la derrota sus corazones esperanzados. Fue en ese momento que la maldición se pronunció; eso no significa que alguien haya dicho algo, sino que en el universo se quebró la paz que existía hasta entonces, y lo que se creara ya no tendría jamás el acuerdo beneplácito de todos los ángeles, de toda la creación del Señor.

Los Ángeles caídos vagaron por la tierra vacía del no-mundo, lamentándose por su error. Pero Lucifer no se lamentaba. Sentía el dolor del rechazo, de la injusticia de Dios. Todo en él empezó a sufrir cambios. Donde antes solo hubo amor incondicional empezó a anidar ahora el odio más visceral, transformando el dolor en deseos de venganza. Su corazón se volvió frío y despiadado, su luz se apagó, se hizo la oscuridad más profunda. Su belleza abrumadora se fue retorciendo hasta que rechazó su propia luminosidad. Ya no inspiraba ciega devoción entre sus hermanos caídos, sino un miedo abismal a contradecirle. Continuaba siendo el más

perfecto, el más bello, el más sabio, pero la pureza fue destruida con la luz que le daba nombre. Construyó un reino de tinieblas, reverso del que había sido su hogar, y se erigió como rey y amo absoluto, con su propia legión de ángeles caídos y oscuros. Desde allí juró venganza. Si no podía tener el reino de los cielos y ser parte de la creación, como era su cometido hasta la caída, sería el destructor de la obra de Dios. Cuando terminara con ello desafiaría a los cielos y reclamaría lo que le pertenecía como derecho de nacimiento: usurparía el puesto de Dios algún día. Se dijo a si mismo que no tenía prisa, así que se sentó en su trono a cavilar sobre sus estrategias. No por nada era también el ángel más paciente de la creación.

Pero ya dejamos atrás España, el país de san Isidoro y de Felipe II –evangelizador de medio orbe, luz de Trento, espada de Roma, martillo de herejes y cuna de San Ignacio, como diría el diario *ABC*–, para ubicar nuestro relato en un barrio de cités, conventillos y sisear de sopaipillas, allá en la apestada zona sur de Santiago de Chile, once años antes.

En las sobaqueras y cintos de todos, las Colt y las Smith & Wesson se adormecen, tibios los aceros ya humanizados por el contacto con el cuerpo de sus portadores. Martillos, cañones tambores y empuñaduras flotan como nonatos letales, allá en la oscuridad tibia, bajo los chaquetones y las chamarras de cuero.

Ascaso, Durruti y los suyos –nos cuentan Félix López y Pedro Nolasco Arratia, de la IWW– se comunican entre sí básicamente con gestos, como en el juego del Mus: si el azar te está dando una mano y te han tocado un par de reyes, debes indicárselo a tu compañero mordíendote el labio inferior. Si es un par de ases, enseña

la punta de la lengua. Suponiendo que tengas medias, deberás torcer los labios hacia un lado, y complementa la seña con la anterior de tratarse de reyes o ases. Para comunicarle a tu camarada que tienes un duples, levanta las cejas nuevamente; de tratarse de reyes o ases deberás utilizar la señal correspondiente. Mostrar un sutil beso también dará a entender que tienes duples. De ser alto, puedes elevar las cejas. Si has llegado a treintaiuno en tu juego, deberás guiñar un ojo. Pero esa habla silenciosa de Durruti y Ascaso recordaba también la de los pieles rojas de las praderas, que se inventaron un lenguaje mímico común, el lenguaje gestual más ingenioso jamás inventado según los que saben: así se hablaban Los Errantes, mientras añorarían quizá sus pueblos de piedra, sus encinares, las barricadas de Las Ramblas o el café Pay Pay.

Félix López y Pedro Nolasco Arratia, los wobblies, que es como se conocía a los integrantes de la IWW, llegan a primera hora con sus visitantes al taller del viejo Silva, en la calle Copiapó 729. No tardan en aparecer Armando Triviño, Juan Gandulfo y Teófilo Dúctil, el profesor de esperanto. El grupo se pierde sin demora en unas profundidades laberínticas, de las que no contamos con detalles para narrar aquí. Es –eso lo sabemos– el mismo lugar donde cinco años antes se quitara la vida el compañero Julio Rebosio, allí mismo, enfrente del taller de Manuel Silva.

El relato de las honras fúnebres de Rebosio tiene, en pequeña escala, un cierto hálito profético de lo que sería el entierro indescriptible de Durruti:

Los funerales de Rebosio fueron grandiosos. Su cuerpo fue velado, cubierto de flores, en el local de la Federación de Obreros y Obreroas del Calzado (FOOC, ex FZYA). Junto al ataúd se había dispuesto una cor-

tina en que figuraba un sol, cuyo centro estaba grabado con la palabra «Lux». Y bajo él, una antorcha tendida. A las 4 pm partió el cortejo hacia el cementerio. 6.000 obreros, según Vicuña, acompañaron al anarquista. Encabezaba la procesión una sencilla carroza envuelta en una bandera roja. Seguían las compañeritas con flores cantando y, tras de ellas, la FOOC, el CPP, la Federación de Pintores, el Consejo N° 2 de tranviarios, la FOCH, la IWW, la USOC y otras organizaciones obreras. Una vez en el cementerio, luego de entonar «Hijos del pueblo», fueron sucediéndose los discursos. Miembros de la FOCH, del Comité Pro Presos, de la Unión Femenina, y el mismo Carlos Vicuña hablaron, uno tras otro. En nombre de Verba Roja, Armando Triviño declaró que «Rebosio dejaba a una hija huérfana, una hija procesada, perseguida por los sicarios de la justicia burguesa». Se hizo de noche. A las ocho y pico se volvieron todos cantando.

–Bonvena kunulos –dijo Teófilo Dúctil a los recién llegados que, inclinando las cabezas, se perdían en las penumbras del taller.

–Danko –respondió alguno que conocía rudimentos de la lengua universal. Seguramente era Jover, quien sabemos había frecuentado grupos esperantistas.